



Capitán Bligh

EL MOTÍN DE LA «BOUNTY»

Jules Verne

LOS AMOTINADOS DE LA «BOUNTY»

Hay hechos reales, dice Verne, que la imaginación no sabría superar. El motín de la **Bounty** es el hecho más novelesco de la historia de la navegación: una tripulación hechizada por la belleza y la dulzura de las islas polinésicas, un motín a bordo; el capitán Bligh, abandonado con dieciocho hombres en un pequeño bote, se enfrenta victoriosamente a los salvajes, las tormentas y el hambre, mientras que los amotinados, vagando por el Pacífico, cumplen destinos trágicos y extraños.

La enorme fuerza del tema permite que el capitán Bligh, explorador experto, hombre culto y militar competente, narre su aventura con una sobriedad, una riqueza dramática y una eficacia en la suspensión del ánimo del lector dignas del mejor escritor profesional. Verne, en su relato, no necesita en este caso recurrir a su prodigiosa imaginación para mostrar la maravilla de la aventura en estado puro.

NOTA A LA EDICIÓN

Si bien los dos escritos aquí reunidos abarcan, en su conjunto, la totalidad de los hechos centrales del motín de la Bounty, no se pretende, en la presente edición, ni exponer en todos sus detalles la historia del motín mismo, sus antecedentes y sus secuelas, ni entrar en las enormes repercusiones que tuvo en la historia de la marina, en particular la marina de guerra, siendo el primer episodio de un larga conflictividad que tuvo sus puntos culminantes en la rebelión de la flota inglesa del Norte en 1797 y en las revisiones y modificaciones de las normas de reclutamiento y disciplina no solo de la marina inglesa, sino en multitud de países. Incluso hoy la Bounty es un fantasma que pende en la disciplina naval, y su historia y su leyenda han dado materia para una abundante literatura y filmografía.

El juntar en un mismo volumen el relato del capitán Bligh del motín mismo y de su épico viaje posterior hasta Tímor, y la breve narración de Verne sobre el motín y sus secuelas, permite, en base al que es quizá el acontecimiento de más poder sugerente y romántico de la historia de la navegación, situar en un mismo plano lo real y lo novelesco. Hay veces, dice Verne, en que lo real supera cuanto pueda lograr la imaginación; y, en efecto, al capitán Bligh le basta con exponer los hechos desnudos para situar su relato en un nivel literario cuya calidad y efectos han sido raras veces logrados por los profesionales de la literatura de aventuras. La comparación con el relato de Verne, más sofisticado, ló-

gicamente, en cuanto a recursos técnicos, y menos trabado por la rigurosa veracidad en la descripción de los hechos, permitirá comprobar que, en este caso, el empleo de la imaginación no le da ninguna ventaja al profesional de la pluma sobre el marino que se limita a narrar crudamente unos hechos.

Hay que matizar, de todos modos, que Bligh no era el lobo de mar brutalmente ordenancista de las versiones legendarias del motín de la Bounty. Era un militar y un marino formado en todas las disciplinas propias de su profesión, un explorador experto interesado por la ciencia, y un hombre para el que, como se ve por su valoración de los paisajes en el relato, no era en absoluto ajena la percepción y valoración de la belleza. Como hombre culto, estaba además influido por las corrientes de pensamiento de finales del siglo XVIII, y numerosos matices sitúan su relato en el marco de la corriente de gusto de la que estaba naciendo el romanticismo. Llamaremos la atención, en particular, sobre su espléndida descripción del desembarco en Tímor, en la que aparece plenamente desarrollado un sentido estético y dramático basado en la fuerza de los contrastes, en la intensidad de las imágenes, en el vigor del horror combinado con la emoción de la piedad. De cualquier modo, su relato, producto de las descarnadas anotaciones que hizo durante el dramático viaje de la lancha, representa, con todo derecho, la fuerza novelesca de lo real.

La división en capítulos del relato de Bligh es, obviamente, arbitraria, y responde solamente a la tradición editorial inglesa del texto.

William Bligh

El motín de la «Bounty»

1

Martes, 28 de abril. Justo antes del amanecer, cuando yo estaba todavía durmiendo, el señor Christian, junto con el maestro de armas, el suboficial artillero y Thomas Burkett, marinero, entraron en mi camarote y, sujetándome, me ataron las manos a la espalda con un cabo, amenazándome con la muerte instantánea si hablaba o hacía el menor ruido. Yo, pese a ello, grité todo lo fuerte que pude, con la esperanza de conseguir ayuda; pero habían ya apresado a los oficiales que no estaban de su parte y habían colocado centinelas delante de sus puertas. Había tres hombres ante la puerta de mi camarote, aparte de los cuatro que habían entrado. Christian llevaba solamente un machete en la mano; los demás llevaban mosquetes y bayonetas. Me arrastraron fuera de la cama y me arrojaron al suelo, en camisón, sintiendo un fuerte dolor por lo fuerte que me habían atado las manos. Pregunté el motivo de aquella violencia, pero no recibí más respuesta que malos tratos por no tener la lengua quieta. El maestre, el artillero, el cirujano, el contra maestre señor Elphinstone y Nelson estaban confinados en la bodega, y la escotilla de proa estaba vigilada por centinelas. El jefe de marinería y el carpintero, y también el escribano, señor Samuel, fueron autorizados a salir a cubierta, donde me vieron detrás del mesana, con

las manos atadas a la espalda y custodiado por una guardia encabezada por Christian. Se le ordenó al jefe de marinería que botara la lancha, con la amenaza de que si no lo hacía instantáneamente «anduviera con cuidado».

Cuando la barca estuvo botada, se ordenó al señor Hayward y al señor Hallet, dos de los guardiamarinas, que bajaran a ella. Pregunté qué pretendían dando esa orden, y traté de convencer a los que me rodeaban de que no persistieran en aquellos actos de violencia; pero no conseguí nada. «Tenga quieta la lengua, señor, o dese por muerto al instante», me repetían constantemente.

Por entonces el maestre había mandado a pedir que le dejaran salir a cubierta, y se lo permitieron; pero al poco rato le ordenaron volver a su camarote.

Proseguí con mis esfuerzos por modificar el rumbo de las cosas, pero Christian cambió el machete que llevaba en la mano por una bayoneta que le entregaron, y, sujetándome fuertemente del cabo que me ataba las manos, me amenazó, con muchos juramentos, con matarme inmediatamente si no me callaba. Los miserables que me rodeaban tenían los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Se llamó por sus nombres a los que tenían que bajar al bote, y de ahí deduje que me dejarían a la deriva con aquella gente. Hice, en consecuencia, un nuevo esfuerzo para conseguir un cambio, pero sin más resultado que recibir la amenaza de que me harían saltar la tapa de los sesos.

Se permitió que el jefe de marinería y los hombres que iban a bajar al bote recogieran vino, lona, cables, velas, sogas, y veintiocho barricas de agua de un galón; y el señor Samuel consiguió ciento cincuenta libras de pan, junto con una pequeña cantidad de ron y de vino, y también un cuadrante y una brújula; pero le prohibieron, bajo pena de muerte, que tocara ningún mapa, libro de navegación, libro de observaciones astronómicas, sextante, reloj, o cualquiera de mis anotaciones o planos.

Cuando los amotinados hubieron obligado a los marineros de los que querían librarse a subir al bote, Christian dispuso que se sirviera un trago a cada uno de los de su tripulación. Vi entonces que, desdichadamente, no podía hacerse nada para recobrar el buque: no había nadie para ayudarme, y todos mis intentos recibían por réplica amenazas de muerte.

Luego se llamó a cubierta a los oficiales, y se les hizo saltar al bote por la borda, mientras que a mí me mantenían apartado de los demás detrás del palo de mesana. Christian, armado con una bayoneta, me sujetaba por el vendaje que me inmovilizaba las manos. La guardia que me rodeaba tenía las armas cargadas, pero, cuando me atreví a desafiar a aquellos míseros ingratos a que dispararan, las descargaron.

Vi que Isaac Martin, uno de los que me vigilaban, se sentía inclinado a ayudarme, y, en el momento en que me daba a comer una pamplemusa^[1], pues yo tenía los labios resecos, nos comunicamos con miradas nuestros respectivos deseos; pero esto fue observado, y Martin fue apartado de mí. Luego, Martin trató de abandonar el buque, con cuyo objeto bajó al bote; pero le obligaron a volver, con muchas amenazas.

El armero, Joseph Coleman, y dos de los carpinteros, M'Intosh y Norman, eran también adversos a los propósitos de los demás, y me rogaron, cuando yo estaba a popa en el bote, que recordara que ellos habían declarado que no tenían nada que ver con lo ocurrido. Me han dicho que también Michael Byrne quería abandonar el buque.

Sería ocioso que narrara mis esfuerzos por devolver a los delincuentes al sentido de su deber. Todo lo que pude hacer fue hablarles en general; pero no sirvió de nada, porque me tenían sólidamente atado, y no se permitió que se me acercara nadie más que los que me guardaban.

Estoy en deuda con el señor Samuel por haberse hecho con mis diarios y mis órdenes de navegación, junto con al-

gunos documentos importantes del buque. Sin estas cosas no tenía nada que certificara lo que había hecho, y mi honor y figura hubieran podido ser objeto de sospecha sin que yo dispusiera de ningún documento adecuado para defenderlos. El señor Samuel llevó esto a cabo con gran resolución, pese a que le habían puesto una guardia y estaba estrictamente vigilado. Trató de salvar el cronómetro y una caja con mis observaciones, dibujos y anotaciones hechas durante quince años, y que eran numerosas, pero le bajaron al bote, diciéndole: «Vete al infierno, ya tienes bastante suerte con llevarte lo que tienes».

Me pareció que Christian permanecía un rato en la duda de si conservar al carpintero o a sus ayudantes; finalmente se decidió por esto último, y se le ordenó al carpintero que bajara al bote. Se le permitió, aunque no sin alguna oposición, que se llevara su caja de herramientas.

Hubo muchos altercados entre la tripulación amotinada mientras ocurría todo esto. Algunos afirmaban, blasfemando: «Que me lleve el diablo si no encuentra el modo de volver a Inglaterra, si se le deja llevarse algo». Se referían a mí. Y, cuando bajaban la caja de herramientas del carpintero: «Que me coman los diablos, en un mes habrá construido un navío». Mientras, otros se reían de la desamparada situación del bote, ya que estaba muy hundido en el agua, y había muy poco espacio para sus ocupantes. En cuanto a Christian, parecía como si reflexionara sobre su propia destrucción y la de todos los demás.

Pedí armas, pero se rieron de mí, y dijeron que tenía una buena amistad con la gente entre la cual iba a ir y que por lo tanto no las necesitaba. Sin embargo, arrojaron al bote cuatro machetes en el momento en que virábamos de popa.

Una vez en el bote los oficiales y los hombres, ya solo esperaban por mí, y el maestro de armas informó de ello a Christian, el cual dijo entonces:

—Vamos, capitán Bligh, sus oficiales y sus hombres están ahora en el bote, y debe ir con ellos; si trata de ofrecer la menor resistencia, le mataremos al instante.

Y, sin más ceremonia, y con una tribu de rufianes armados rodeándome, me llevaron a la borda, donde me desataron las manos. Una vez en el bote, nos hicieron virar de popa con un cable. Nos arrojaron unos cuantos trozos de tocino, y alguna ropa, y también los machetes que ya he mencionado; y fue entonces cuando el armero y los carpinteros me gritaron que recordara que ellos no estaban para nada en el asunto. Después de soportar una buena cantidad de ridiculización, y habiendo sido retenidos para diversión de aquellos desdichados sin sentimientos, nos soltaron por fin, dejándonos abandonados en el océano abierto.

Tenía conmigo, en el bote, a las personas siguientes:

<i>Nombres</i>	<i>Grados</i>
John Fryer	Maestre
Thomas Ledward	Cirujano
David Nelson	Botánico
William Peckover	Artillero
William Cole	Jefe de marinería
William Purcell	Carpintero
William Elphinstone	Contra maestre
Thomas Hayward	Guardamarina
John Hallet	Guardamarina
John Norton	Cabo de brigada
Peter Linkeletter	Cabo de brigada
Lawrence Lebogue	Velero
John Smith	Cocinero
Thomas Hall	Cocinero
George Simpson	Segundo cabo de

	brigada
Robert Tinkler	Grumete
Robert Lamb	Carnicero
Señor Samuel	Escribano

A bordo de la *Bounty* quedaron

Fletcher Christian	Contramaestre
Peter Heywood	
Edward Young	Guardamarinas
George Stewart	
Charles Churchill	Maestro de armas
John Mills	Segundo artillero
James Morrison	Segundo jefe de marinería
Thomas Burkett	Marinero
Matthew Quintal	"
John Sumner	"
John Millward	"
William M'Koy	"
Henry Hillbrant	"
Michael Byrne	"
William Muspratt	"
Alexander Smith	"
John Williams	"
Thomas Ellison	"
Isaac Martin	"
Richard Skinner	"
Matthew Thompson	"
William Brown	Jardinero

Joseph Coleman	Armero
Charles Norman	Ayudante de carpintero
Thomas M'Intosh	Segundo ayudante de carpintero

En total veinticinco hombres, en su mayoría marineros de la tripulación del buque.

Como había poco o ningún viento, remamos a buena velocidad hacia Tofoa, que se encontraba al nordeste, a unas diez leguas de donde estábamos. Mientras el buque se mantuvo a la vista navegó hacia el oeste-noroeste, pero me pareció que era solo una treta, porque, mientras nos bajaban al bote, oímos decir frecuentemente entre los amotinados: «¡Hurra! ¡A Tahití!».

Christian, el jefe de los amotinados, pertenece a una familia respetable del norte de Inglaterra. Era el tercer viaje que hacía conmigo, y, como yo había considerado necesario dividir la tripulación de mi buque en tres guardias, le había ordenado que se hiciera cargo de la tercera, ya que su capacidad estaba absolutamente al nivel de esta tarea; y de esta manera el maestro y el artillero no tenían que turnarse el uno al otro en las guardias.

También Heywood pertenece a una familia respetable del norte de Inglaterra, y es un joven capaz, lo mismo que Christian. Estos dos habían sido objeto de consideración y atenciones particulares por mi parte, y me había tomado muchos trabajos para instruirlos, porque había albergado esperanzas de que, como profesionales, podían convertirse en una honra para su país.

Young estaba bien recomendado, y tenía aspecto de ser un marino robusto y capaz. Sin embargo, no había estado a la altura de lo que prometía su aspecto.

Stewart era un joven de padres honrados en las Orkney, lugar donde, al regreso del *Resolution* de los Mares del Sur

en 1780, habíamos sido objeto de tan buen trato que, solamente en base a esto, me lo hubiera llevado de buena gana conmigo; pero, independientemente de esta recomendación, era todo un marino, y siempre había mostrado buen carácter.

A pesar de la rudeza con que fui tratado, el recuerdo de viejas bondades había producido en Christian ciertos signos de remordimiento. En el momento en que me sacaban del buque, le pregunté si aquel trato era un modo adecuado de corresponder a las muchas pruebas de mi aprecio que había recibido. Pareció turbarse ante mi pregunta, y respondió, muy azarado:

—Esa... Capitán Bligh... es la cuestión. Estoy en un infierno... Estoy en un infierno.

Así que dispuse de tiempo para reflexionar, sentí una satisfacción interior que me evitó la depresión de ánimo. La conciencia de mi integridad y de mi ansiosa solicitud por el bien del servicio en el que estaba comprometido me afianzó asombrosamente la mente, y empecé a concebir esperanzas de que, a pesar de aquella calamidad tan tremenda, algún día podría rendir cuentas del infortunio ante mi rey y mi país. Unas pocas horas antes, mi situación había sido peculiarmente abrumadora. Había tenido el buque en el más perfecto orden, y bien provisto de todo lo necesario tanto para el servicio como para la salud. Con una temprana atención a estos detalles me había precavido, hasta donde estaba en mi poder, contra cualquier accidente en el caso de que no pudiera pasar los estrechos Endeavour, así como contra cualquier cosa que pudiera ocurrirme en ellos; además de esto, las plantas^[2] habían sido conservadas con éxito, en floreciente estado; así que, en términos generales, habían sido completados los dos tercios del viaje, y lo que faltaba, según todas las apariencias, tenía un aspecto muy prometedor. Todo el mundo a bordo estaba en perfecta salud, cosa cuya consecución había figurado siempre entre los principales objetos de mi atención.

Podrá hacerse, muy naturalmente, esta pregunta: ¿Cuál pudo ser la razón para semejante rebelión? En respuesta a ella, lo único que puedo hacer es conjeturar que los amotinados habían alimentado la esperanza de una vida más feliz entre los tahitianos de la que podrían disfrutar en Inglaterra; y esto, unido con algunas relaciones establecidas con mujeres, debió ser, con toda probabilidad, lo que ocasionó todo el problema.

Las mujeres de Tahití son hermosas, dulces y alegres en sus maneras y su conversación, tienen una gran sensibilidad, y la delicadeza suficiente para hacerse admirar y querer. Los jefes le habían cobrado tanto afecto a nuestra gente que antes les alentaban a permanecer entre ellos que a otra cosa, e incluso les habían prometido grandes posesiones. En vista de estas circunstancias, y de otras muchas igualmente deseables, quizá ahora no sea tan de extrañar, aunque era prácticamente imposible de prever, el que un grupo de marineros, en su mayoría sin lazos estables, se descarriaran; sobre todo si se tiene en cuenta que, adicionalmente a tan poderosas tentaciones, imaginaban tener al alcance de la mano el establecerse, rodeados de abundancia, en una de las islas más bonitas del mundo, donde no tendrían que trabajar, y donde las seducciones de la disipación van más allá de lo que puede concebirse. Lo más, sin embargo, que cualquier capitán hubiera podido haber supuesto que ocurriría era que parte de la tripulación se viera tentada a desertar. Pero si se afirmara que un capitán debe precaverse contra un acto de amotinamiento y piratería en su propio buque en mayor medida de lo que establecen las normas comunes del servicio, sería como decir que debe dormir encerrado con llave y que, despierto, debe ir cubierto de pistolas.

Se han producido deserciones, en mayor o menor medida, en la mayor parte de los buques que han pasado por las Islas de la Sociedad, pero siempre ha quedado dentro del alcance de los capitanes el lograr que los jefes devolv-

vieran a sus hombres. El conocimiento, por lo tanto, de que no era seguro desertar, fue quizá lo primero que llevó a mis hombres a considerar lo fácilmente que podía tomarse por sorpresa un buque tan pequeño, y que una oportunidad tan favorable no volvería a presentárseles jamás.

El secreto en que se preparó este motín va más allá de lo imaginable. Trece de los que venían conmigo habían convivido constantemente con los marineros, y sin embargo ni ellos, ni los compañeros de mesa de Christian, de Stewart, de Heywood y de Young, habían observado en ningún momento ningún detalle que les permitiera sospechar en lo más mínimo lo que se estaba tramando. No es cosa de asombro el que yo fuera víctima de un acto de villanía tan sigilosamente planeado, teniendo yo la mente enteramente libre de toda sospecha. Quizá si a bordo hubiera habido infantes de marina un centinela situado ante mi puerta hubiera podido impedir aquello; ya que yo dormía siempre con la puerta abierta, para que el oficial de servicio pudiera acceder a mí en cualquier momento, siendo la posibilidad de semejante conspiración algo que quedaba lejísimos de mis pensamientos. Si el motín hubiera tenido por causa agravios, ya reales, ya imaginarios, yo hubiera debido descubrir entre ellos síntomas de descontento que me hubieran puesto en guardia; pero el caso era muy distinto. Con Christian, en particular, tenía el más amistoso de los tratos. Aquel mismo día estaba invitado a comer conmigo, y la noche anterior se había excusado de cenar conmigo, pretextando no encontrarse bien; cosa que me preocupó, ya que no tenía ninguna sospecha en contra de su integridad y su honor.